



estableció en el Africa, donde largo tiempo despues se halló en una inscripción antigua el monumento de su fuga y de las victorias de Josué.

Despues que estas milagrosas victorias pusieron á los israelitas en posesion de la mayor parte de la tierra prometida á sus (1) padres, Josué y Eleazaro, sumó pontífice, con las cabezas de las doce tribus, les hicieron el repartimiento segun la ley de Moisés, y asignaron á la tribu de Judá la primera y mayor suerte. Habíase esta desde el tiempo de Moisés engrandecido sobre las demás en (2) número, en esfuerzo y en dignidad. Murió Josué, y el pueblo continuó la conquista de la Tierra Santa; quiso Dios que la tribu de Judá marchase al frente, y declaró que le había entregado aquel país.

En efecto, ella deshizo los cananeos y tomó á Jerusalén, que había de ser la Ciudad Santa y la capital del pueblo de Dios. Esta (3) era la antigua Salem, donde había Melchisedech reinado en tiempo de Abraham; Melchisedech, aquel *rey de justicia* (que esto es lo que significa su nombre), y al mismo tiempo *rey de paz*, pues *Salem* quiere decir *paz*, á quien había Abraham reconocido por el mayor pontífice que había en el mundo, como si desde entonces hubiese Jerusalem sido destinada á ser una ciudad santa y la cabeza de la religion. Fué desde luego dada esta ciudad á los hijos de Benjamin, que, débiles y en pequeño número, no pudieron echar de ella á los jebuseos, antiguos habitantes del país, y se quedaron (4) entre ellos. Bajo de los jueces, es el pueblo de Dios diversamente tratado, segun sus buenas ó malas obras. Despues de la muerte de los ancianos que habían sido testigos de los milagros de la mano de Dios, se debilitó la memoria de aquellas grandes obras, y la universal propension del género humano arrastró al pueblo á la idolatría. Cuantas veces cae en ella es castigado, y libertado también cuantas

(1) Jos. X, III, XIV, et seq.

(2) Núm. XXVI, 53, XXXIV, 17. Jos. XIV, XV. Núm. II, 3, 9; VII, 12; X, 14. Jud. I, 1, 2.

(3) Ibid., 4, 8.

(4) Jud. I, 21.

se arrepiente. La fe de la Providencia, y la verdad de las promesas y de las amenazas hechas á Moisés, se confirma más y más en el corazón de los verdaderos fieles. Pero aún preparaba Dios mayores ejemplos de ellas. Pidió el pueblo un rey, y Dios le dió Saul, bien presto reprobado por sus pecados. Resolvió, en fin, establecer una familia real, de donde saliese (1) el Mesías; y la escogió en Judá. David, un joven pastor descendiente de esta tribu, el último de los hermanos de Jessé, cuyo mérito ni su padre ni su familia conocían, pero que Dios le halló á medida de su corazón, fué consagrado por Samuel en Betsileem, su patria.

Aquí toma el pueblo una forma más augusta. Queda la corona asegurada en la casa de David. Esta casa empieza por dos reyes de condición diversa, pero admirables ambos. David, belicoso y conquistador, sujeta los enemigos del pueblo de Dios, cuyas armas hace temidas por todo el Oriente; y Salomón, famoso dentro y fuera de él por su sabiduría, hace feliz al pueblo con una paz profunda. Pero la continuación de la religion nos pide aquí algunas observaciones particulares sobre la vida de estos dos grandes reyes.

Desde luego reinó David en Judá poderoso y vencedor; despues fué reconocido por todo Israel. Tomó de los Jebuseos la fortaleza de Sion, que era la ciudadela (2) de Jerusalem. Duño de esta ciudad, estableció allí de orden de Dios el trono de la majestad y la silla de la religion. Fué Sion su residencia; llenó de edificios su contorno, y la nombró la ciudad de David. Joab, hijo de su hermana, fabricó lo restante de ella; y tomó Jerusalem una nueva forma. Los de Judá ocuparon todo el país, y Benjamin, pequeño en número, quedó mezclado con ellos.

El Arca de la Alianza fabricada por Moisés, en que Dios reposaba sobre los querubines, y en que las dos tablas del Decálogo estaban guardadas (3), no tenía lugar fijo. Llevóla David en triunfo á Sion, cuya conquista había

(1) I Reg. XVI.

(2) II Reg. V, 6, 7, 8, 9. I. Par. XI, 6, 7, 8.

(3) II Reg. VI, 16.



hecho con el socorro todo poderoso de Dios, á fin de que Dios reinase en Sion y fuese reconocido como el protector de David, de Jerusalem y de todo el reino. Pero el Tabernáculo, donde había el pueblo servido (1) á Dios en el desierto, aún estaba en Gabaon, y allí era donde se ofrecían los sacrificios sobre el altar que había Moisés erigido. Era esto sólo en tanto que se esperaba que hubiese un templo, en que el altar fuese reunido con el arca, y en que se hiciese todo el servicio. Cuando hubo David desecho (2) todos sus enemigos y dilatado las conquistas del pueblo de Dios hasta el Eufrates, pacífico y victorioso, volvió todos sus pensamientos al establecimiento del culto divino; y sobre el mismo monte en que Abraham, yendo á sacrificar su hijo único, fué detenido por la mano de un ángel, delineó de orden de Dios el lugar del templo.

Hizo todos los diseños, recogió los ricos y preciosos materiales, destinó los despojos de los pueblos y reyes vencidos. Pero este templo, que debía ser dispuesto por el conquistador, había de ser (3) construido por el Pacífico. Salomón le fabricó segun el modelo del Tabernáculo. El altar de los holocaustos, el altar de los perfumes, el candelero de oro, la tabla de los panes de proposicion, todos los demás muebles sagrados del templo, todos fueron formados segun piezas semejantes que había hecho Moisés labrar en el desierto, y Salomón no añadió sino la magnificencia y la grandeza. El arca, que el Hombre de Dios había construido, fué puesta en el santo de los santos, lugar inaccesible, símbolo de la impenetrable majestad de Dios y del cielo, suspendido á los hombres hasta que Jesucristo les abriese la entrada con su sangre. El día de la dedicacion del templo, se dejó Dios ver allí en su majestad. Escogió este lugar para establecer en él su nombre y culto. Prohibióse el sacrificar fuera de él, y se mostró la unidad de Dios por la unidad de su templo. Jerusalem se volvió una ciudad santa, imagen

(1) I Par. XVI, 39; XXI, 29.

(2) II Reg. VIII. I Par. XVIII.

(3) III Reg. XI, VII y VIII. II Par. III, IV, V, VI, VII.

de la Iglesia, donde Dios había de habitar como en su verdadero templo, y del cielo, donde nos hará eternamente felices con la manifestacion de su gloria.

Despues de haber Salomón fabricado el templo (1), edificó también el palacio de los reyes, de una arquitectura digna de tan gran príncipe. Su casa de campo, que se llamó el Bosque del Líbano, era igualmente soberbia y deliciosa. El palacio que levantó para la reina fué un nuevo ornamento para Jerusalem. Todo era grande en aquellos edificios: los patios, los corredores, las salas, las galerías, el trono del rey y el tribunal donde administraba justicia; el cedro fué la única madera que empleó en estas obras. En todo resplandecía el oro y las piedras. Los ciudadanos y los extranjeros admiraban la majestad de los reyes de Israel. Lo demás correspondía á esta magnificencia; las ciudades, los arsenales, los caballos, los carros, la guardia del príncipe. El comercio, la navegacion y el buen orden, con una (2) paz profunda, habían hecho á Jerusalem la más rica ciudad de todo el Oriente. El reino estaba tranquilo y abundante; todo representaba allí la gloria celestial. En los combates de David se veían los trabajos que eran necesarios para merecerla, y se experimentaba en el reinado de Salomón cuán apacible era el gozo de ella.

En cuanto á lo demás, la elevacion de estos dos grandes reyes y de la familia real, fué efecto de una eleccion particular. David mismo celebra la maravilla (3) de ello con estas palabras: *Dios ha escogido los príncipes en la tribu de Judá. En la casa de Judá ha escogido la casa de mi padre. Entre los hijos de mi padre, ha sido de su agrado elegirme rey sobre todo su pueblo de Israel; y entre mis hijos (porque el Señor me ha dado muchos), ha escogido á Salomón para que se sienta en el trono del Señor y reine en Israel.*

Tenia esta divina eleccion un objeto más alto que el que luego se descubre. Este Mesías, tan-

(1) III Reg. IX, 5.

(2) III Reg. X, 2. Par. VIII, IX.

(3) I Par. XXVIII, 4, 5.



tas veces prometido como hijo de Abraham, habia tambien de ser hijo de David y de todos los reyes de Judá. En atencion al Mesías y á su reino eterno, fué el haber Dios prometido á David que su trono eternamente subsistiria; Salomon, escogido para sucederle, estaba destinado á representar la persona del Mesías. Por eso Dios dice de él: *Yo seré su padre y él será mi hijo*; cosa que no ha dicho (1) jamás con esta fuerza de rey ni de hombre alguno.

En tiempo de David tambien, y en el de los reyes sus hijos, el misterio del Mesías se manifiesta más que nunca con profecías magníficas y más claras que el sol.

Vió David desde lejos, y lo cantó en sus salmos con un esplendor que jamás tendrá igual. Muchas veces pensaba solamente en celebrar la gloria de Salomon su hijo, y de repente, arrebatado de sí mismo y trasportado á mucha mayor altura, vió á aquel *que es más que Salomon en gloria, así como en sabiduría*. Apareciósele (2) el Mesías sentado sobre un trono más permanente que el sol y que la luna. Vió á sus piés *todas las naciones* vencidas y juntamente *benditas en él*, segun la promesa hecha á Abraham. Remontó más su vista, viólo en *los resplandores de los santos, y antes de la aurora, saliendo eternamente del seno* de su Padre, *Pontífice eterno* y sin sucesor, no pudiendo tenerle persona creada extraordinariamente, no segun el orden de Aaron, sino segun el orden de Melchisedech, orden nuevo conocido de la ley. Viólo *sentado á la diestra de Dios*, mirando desde lo más alto de los cielos á *sus enemigos abatidos*. Queda atónito de tan gran espectáculo, y absorto de la gloria de su hijo, le llama su Señor.

Vió que era *Dios á quien Dios habia ungiendo* para hacerle reinar sobre toda la tierra, *por su mansedumbre, por su verdad y por su justicia*. Asistió (3) en espíritu al consejo de Dios, y oyó de la propia boca del Eterno Padre esta palabra, que dirige á su hijo único: *Yo te he engendrado en el día de hoy*, á que junta Dios

(1) II Reg. VII, 14. I Par. XXII, 10.

(2) Matt. VI, 29; XII, 42.

(3) Psal. XL; IV, 3, 4, 5, 6, 7, 8.

la promesa de un imperio perpétuo, *que se extenderá sobre todos los gentiles y no tendrá otros límites que los del mundo. Los pueblos murmuran en vano, los reyes y los príncipes hacen conspiraciones inútiles*. El Señor, desde lo más alto de los cielos, se rie de sus insensatos proyectos y establece á su pesar el imperio de Jesucristo. Establécele sobre ellos mismos, y es preciso que sean los primeros súbditos de este Cristo, cuyo yugo querian sacudir. Pero aunque el reino de este gran Mesías esté frecuentemente profetizado en las Escrituras debajo de ideas magníficas, no encubrió Dios á David las ignominias de este bendito fruto de sus entrañas. Era esta instruccion necesaria al pueblo de Dios. Porque si este pueblo, todavía débil de espíritu, necesitaba de ser atraído con promesas temporales, era por lo mismo preciso no dejarle mirar las grandezas humanas como su felicidad suma y como su única recompensa. Por eso Dios muestra desde lejos este Mesías tan prometido y tan deseado, el modelo de la perfeccion y el objeto de sus complacencias sumergido en el dolor. Aparecesele la cruz á David, como el trono (1) verdadero de este nuevo rey. *Ve sus manos y sus piés traspasados todos sus huesos*, que podian contársele por el peso de su cuerpo, violentamente suspendido; *sus vestidos repartidos, su túnica sorteada, su lengua abrevada con hiel y vinagre, sus enemigos blasfemando al rededor de él y saciándose de su sangre*. Pero ve al mismo tiempo las gloriosas consecuencias de sus humillaciones. *Todos los pueblos de la tierra acordarse de su Dios* (2), olvidado en tantos siglos; *los pobres venir los primeros á la mesa del Mesías, y despues los ricos y los poderosos; todos á adorarle y bendecirle*; prefiriendo él en la grande y numerosa iglesia, esto es, en la congregacion de las naciones convertidas, y *anunciando en ella á sus hermanos el nombre de Dios* y sus verdades eternas. Al ver David estas cosas, conoció que el reino de su hijo no era de este mundo; y no se maravillaba, porque no ignora que el mundo pasa,

(1) Psal. XXI, 17, 18, 19. Psal. LXVIII, 22. Psalmo XXI, 8, 13, 14, 17, 21, 22.

(2) Ibid. 26, 27, etc.



y un príncipe tan humilde siempre sobre el trono bien sabia que no era el trono una felicidad en que debiesen terminar sus esperanzas.

Los demás profetas no han visto ménos el misterio del Mesías. No hay cosa grande ni gloriosa que no hayan dicho de (1) su reinado. El uno ve á *Bethleem, la más pequeña villa de Judá*, ilustrada por su nacimiento; y al mismo tiempo, más altamente elevado, ve otro nacimiento, por el cual *sale ab eterno* del seno de su padre; el otro ve la virginidad de su madre; *un Manuel* (2), *un Dios con nosotros* salir de aquel seno virginal, y un hijo admirable á quien llama *Dios*. Este le ve entrar en su templo; aquel le ve *glorioso en su sepulcro*, en que la muerte ha sido vencida. Pero al publicar sus magnificencias, no callan sus oprobios. Hánle visto *vendido á su pueblo*; han sabido el número y el empleo de las *treinta monedas de plata en que ha sido comprado*. Al mismo tiempo que le han visto *grande y elevado*, le han visto *despreciado y desconocido en medio de los hombres*; *el asombro del mundo*, tanto por su bajeza como por su altura; *el último de los hombres, el hombre de dolores, cargado de todos nuestros pecados; bienhechor y desconocido, desfigurado por sus llagas y sanando con ellas las nuestras; tratado como un delincuente, llevado al suplicio con malhechores y entregándose como un cordero inocente pacíficamente á la muerte; nacer de él una larga posteridad* por este medio, y desatada la venganza sobre su pueblo incrédulo. Y á fin de que nada faltase á la profecía, contaron los años hasta (3) su venida; de modo, que sino es queriendo estar ciego, nadie puede dejar ya de conocerle.

No solamente los profetas veian á Jesucristo, sino que tambien eran su figura y representaban sus misterios, principalmente el de la Cruz. Casi todos padecieron persecucion por la justicia, y nos figuraron en sus penas la inocencia y la verdad perseguida en Nuestro Señor. Se ve á Elias y Eliseo siempre amenaza-

(1) Mich. V, 2.

(2) Isai. VII, 14.

(3) Dan. IX.

dos. ¡Cuántas veces fué Isaias la risa del pueblo y de los reyes, que, como trae la tradicion constante de los judíos, al fin le sacrificaron á sus furores! Zacarias, hijo de Joyadas, es apedreado; Ezequiel siempre aparece entre aflicciones; los males de Jeremías son continuos é inexplicables; Daniel se ve dos veces en medio de los leones. Todos fueron impugnados y maltratados, y todos nos han hecho ver con su ejemplo, que si la flaqueza del antiguo pueblo necesitaba en lo general de ser sostenida con bendiciones temporales, no obstante los fuertes de Israel, y los hombres de una santidad extraordinaria, se alimentaban del pan de la afliccion, y bebian anticipadamente, por santificarse, en el cáliz preparado al Hijo de Dios; cáliz tanto más lleno de amargura, cuanto la persona de Jesucristo era más santa.

Pero lo que vieron más claramente los profetas, y lo que tambien declararon con términos más magníficos, es la bendicion difundida (1) por el Mesías sobre los gentiles: *este renuevo de Jessé y de David se apareció al profeta Isaias como una señal dada de Dios á los pueblos y á los gentiles, á fin de que le invocasen*. El hombre de dolor, cuyas llagas habian de ser nuestra medicina, estaba escogido para lavar los gentiles con un santo rocío, que se reconoce en su sangre y en el bautismo. *Los reyes, ocupados del respeto en su presencia, no osan despegar sus labios á su vista. Los que jamás han oído hablar de él, le ven, y los que no le han conocido, son llamados para contemplarle*. Este es el testigo dado á los pueblos, *esta es la cabeza y el maestro de los gentiles*. Debajo de él, *un pueblo no conocido se juntará al pueblo de Dios, y los gentiles acudirán* (2) *á él de todas partes*. Este es el *Justo de Sion, que se elevará como una luz; este es su Salvador, que estará encendido como una antorcha. Los gentiles verán este Justo, y los reyes conocerán á este hombre, tan celebrado en las profecías de Sion*.

Aún está aqui mejor descrito, y con unas señas (3) particulares. Un hombre de una man-

(1) Isai. XI, 10.

(2) Id. L, XII, 1, 2.

(3) Id. LII.



sedumbre admirable, singularmente escogido de Dios y el objeto de sus complacencias, declara á los gentiles el juicio de ellos; las islas esperan su ley; que así llaman los hebreos la Europa y los países distantes. No hará rumor alguno, apenas se oirá su voz; tan dulce será y apacible. No pisará una caña quebrada, ni apagará una mínima parte de lienzo quemado que humee. Tan lejos estará de oprimir á los débiles y pecadores, que antes bien su voz caritativa los llamará, y su mano benéfica será su apoyo. Abrirá los ojos á los ciegos, y sacará de la prisión los cautivos. Su poder no será menor que su bondad. Es su carácter esencial el tener junta la dulzura con la eficacia; por eso aquella voz tan dulce pasará en un momento de un extremo del mundo al otro, y sin causar sedición alguna entre los hombres, excitará toda la tierra. No es áspero ni impetuoso; y aquel que apenas era conocido cuando estaba en la Judea, no sólo será el fundamento de la alianza del pueblo, sino también la luz de todos los gentiles (1). Bajo de su reinado admirable, los asirios y los egipcios ya no formarán con los israelitas sino un mismo pueblo de Dios. Todo se vuelve Israel; todo se vuelve santo. Ya no es Jerusalem una ciudad particular; es la imagen de una nueva congregación en que todos los pueblos se juntan: la Europa, el Africa y el Asia reciben predicadores, en que Dios ha puesto su señal, á fin de que descubran su gloria á los gentiles. Los elegidos, llamados hasta entonces con el nombre de Israel, tendrán otro nombre, en que estará señalado el cumplimiento de las promesas y un *amen* bienaventurado. Los sacerdotes y los levitas, que descendían hasta entonces de Aaron, saldrán en adelante de entre la gentilidad. Un nuevo sacrificio, más puro y agradable que los antiguos, será sustituido en su lugar, y se sabrá por (2) qué David había celebrado un pontífice de un nuevo orden. El Justo descenderá del cielo como un rocío, la tierra producirá su pimpollo, y este será el Salvador, con el cual se verá nacer la justicia. El cielo

(1) Isai. XIX, 24, 25.

(2) Psal. CIX. Isai. XLV, 8, 23, 24.

y la tierra se unirán para producir, como de un comun parto, aquel que será celestial y juntamente terrestre; descubriránse al punto nuevos modelos de virtudes en sus ejemplos y en su doctrina, y la gracia que derramará la imprimirá en los corazones; y Dios jura por sí mismo que no habrá rodilla que (1) en su presencia no se doble, ni lengua que su poder supremo no reconozca.

Esta es una parte de las maravillas que Dios ha mostrado á los profetas en tiempo de los reyes hijos de David, y á David antes que á los demás. Todos anticipadamente han escrito la historia del Hijo de Dios, que había también de ser hijo de Abraham y de David. Así, todo ha sido consiguiente en el orden de los consejos de Dios. Aquel Mesías mostrado desde lejos como hijo de Abraham, ha sido después mostrado desde más cerca como hijo de David. Un imperio eterno le está prometido; el conocimiento de Dios, difundido por todo el Universo, está notado como la señal cierta y como el fruto de su venida; la conversión de los gentiles y la bendición de todos los pueblos del mundo, prometida tanto tiempo antes á Abraham, á Isaac y á Jacob, es nuevamente confirmada, y todo el pueblo de Dios vive en esta esperanza.

Entre tanto, continúa Dios en gobernarle de un modo admirable. Hace un nuevo pacto con David, y se obliga á proteger á él y á los (2) reyes sus descendientes, si se arreglaren á los preceptos que Moisés les ha dado; si no, les denuncia rigurosos castigos. David, que se olvida por poco tiempo, es el primero que los prueba; pero habiendo reparado su culpa con su penitencia, es colmado de bienes y propuesto como el modelo de un rey perfecto. El trono se afirma en su casa. En tanto que Salomon, su hijo, imita (3) su piedad, es dichoso; descaminase en la vejez, y Dios, que le sufre por su siervo David, le denuncia que le castigará en la persona de su hijo. Así manifiesta á los padres que, según el orden secreto de sus

(1) Isai. XLV, 23.

(2) II Reg. VII, 8, et seq. III Reg. IX, 4, et seq. II Par. 17, et seq. II Reg. XI, XII, et seq.

(3) III Reg. XI.



juicios, hace durar después de su muerte, ó sus recompensas ó sus castigos, y los tiene sujetos á sus leyes por su más apreciado interés, que es el interés de su familia. En ejecución de sus decretos, Roboan, naturalmente temerario, es abandonado á un consejo insensato, y su reino queda disminuido de diez tribus. Pero al paso que estas, rebeldes y cismáticas, se apartan de su Dios y de su rey, los hijos de Judá, fieles á Dios y á David, su escogido, permanecen en la alianza y en la fe de Abraham. Los levitas se les juntan con Benjamin; subsiste por su unión el reino del pueblo de Dios debajo del nombre del reino de Judá, y se mantiene allí enteramente la ley de Moisés.

Sin embargo de las idolatrías y de la espantosa corrupción de las diez tribus separadas, se acuerda Dios de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob. No se extingue su ley entre aquellos rebeldes, ni cesa él de llamarlos á la penitencia con milagros innumerables y continuas advertencias que por sus profetas les envía; pero obstinados en su delito, no puede más sufrirlos, y los arroja de la tierra prometida sin esperanza de restablecimiento.

EPOCA TERCERA

Desde las olimpiadas hasta Alejandro Magno.

Esta época nos ofrece el desenvolvimiento y desarrollo de los hechos de la vida humana, desde la era de las olimpiadas, verdadero punto de partida de los tiempos históricos de la Grecia, hasta los últimos días del imperio de Alejandro Magno. Bossuet y César Cantú, generalizando el contenido de esta época, nos la ofrecen cada uno bajo el punto de vista que considera la Historia; Bossuet, como el desarrollo de los imperios y continuación de la religión; César Cantú, como el momento histórico de la superioridad y triunfo de la civilización europea sobre la asiática. Para nosotros esta época de movimiento y de luchas, de politeísmo y refinada cultura, ofrece sin duda al ánimo pensador el hecho del tortuoso camino de la civilización social, cuando sin una ley providencial que cumplir, sin una noción clara del origen de la vida, sin una creencia cierta y arraigada en la existencia de un Sér Supremo, y sin un fin que cumplir, va la humanidad entre polvo

y ruinas, y sangre y embravecidas olas, como en Maraton y en Salamina, en Platea y Arginusas; en Egospotamos y Cunoxa, en Granico, Arbela é Issó, como en Tiro, Gaza y Babilonia, tumba de Alejandro Magno, cuya soberbia lloró la pequeñez del mundo, buscando inútilmente entre los vítores de las batallas ganadas y las lágrimas de los vencidos, el bien y la felicidad, que no es posible á la humanidad lograr por esos caminos.

Déjase sentir en la marcha de los destinos de la humanidad la benéfica acción de la Providencia, tanto más, cuanto más íntimamente vive unido el hombre; y á medida que se aleja de su ley, le vemos caer de precipicio en precipicio, ó girar como estrella errante y perdida en las regiones del espacio. En la primera época, la criatura está más cerca de su felicidad, porque está más cerca de Dios; en la segunda, con su caída y con el castigo patente de sus maldades reprimidas, vuelve sus ojos al cielo, y hállase el pueblo de los justos; en la tercera, una gran parte de los hombres, sin fe en lo pasado y sin esperanza en lo porvenir, doblan su rodilla ante el becerro de oro, ante los dioses de barro, y la esclavitud y el vicio, y la pestilencia y la tiranía, extienden sus negras alas sobre la tierra, como enemigos mortales de la verdad, del bien y de la libertad.

La era de las olimpiadas es el verdadero punto de partida en esta época, la cual nos ofrece la inestabilidad de las instituciones humanas en el Arcontado, impotente para lograr la felicidad del pueblo que la estableció; el duro derecho escrito de Dracon, la república democrática de Solón, la memorable tiranía de Pisistrato, la caída de Hippias, la legislación de Licurgo, las campañas entre griegos y persas, motivadas por la rebelión de la Jonia, auxiliada por los atenienses, para conquistar su independencia, y por las constantes instigaciones de Hippias al rey Darío I, que aspiraba á dominar la Grecia para recobrar la soberanía de Atenas; la invasión de la Grecia por los persas, su derrota en Marathón por Milciades, la gloria de Leónidas sucumbiendo heroicamente en las Termópilas por obedecer las leyes de Esparta, el triunfo naval de Salamina por Te-